

NACHTER

Crónicas de un

Hermano Mediano





NACHTER

Crónicas de un
Hermano
Mediano

mñ



© Nachter, 2023

Edición y fijación del texto: Rodrigo Palacios Marugán, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.mediciones.es

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de cubierta e interior: © Óscar Herrero Galán, 2023

Diseño de interiores: María Pitironte

© Recursos de interior: María Pitironte, a partir de los originales de Shutterstock

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-270-5147-8

Depósito legal: B. 15.354-2023

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Capítulo 1
MI VIDA ANTES
DE SER MEDIANO,
12

Capítulo 2
MAMÁ SE
TRANSFORMA,
28

Capítulo 3
NACE HERMANO
PEQUEÑO, 46

Capítulo 4
LA VENGANZA SE
SIRVE EN PLATO
FRÍO, 64

Capítulo 5
MI AMIGO PACO, 82

Capítulo 6
ASUMO
MI REALIDAD, 98



Epilogo, 202

Capitulo 11
**LA LIGA DE LOS
HERMANOS MEDIANOS, 186**

Capitulo 10
**LA MANIFESTACIÓN
MEDIANA, 170**

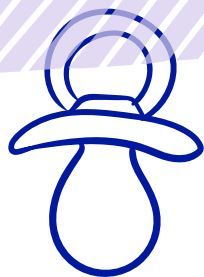
Capitulo 9
**LA REUNIÓN DE LOS
HERMANOS MEDIANOS,
152**

Capitulo 8
**MI CARRERA
COMO INFLUENCER,
134**

Capitulo 7
**BUSCAR TRABAJO,
116**

Capítulo
1

MI VIDA
antes de ser
MEDIANO



El momento del que me estaba acordando ocurrió poco después de que yo naciera, cuando dejaron que Hermano Mayor entrara en la habitación del hospital y me pusieron en sus brazos.

—Este es tu hermano pequeño —le dijeron.

Mi hermano se quedó pasmado mirándome. A lo mejor es que nunca había visto a un bebé con la boca tan grande. Luego sonrió. Se puso muy contento y se dejó llevar por la emoción, abrazándome con demasiada fuerza. Por eso lo recuerdo todavía: porque casi me dejó sin respiración, el muy bestia.

—¡¿Qué haces, hijo?! —gritó Madre asustada.

Me quitaron de sus brazos y le echaron la bronca. Hermano Mayor pasó de la felicidad más absoluta a no entender nada de nada. Me había abrazado para demostrar cariño, pero resulta que no se podía apretar a un bebé con tantas ganas como el amor que le tenías. Eso solo valía con los adultos.



Yo estaba llorando como un loco, así que, para tranquilizarme, me pusieron una sudadera rosa, suave y calentita. Fue un milagro con forma de ropa. Una poesía de tela. Fue amor a primera vista. He probado otras sudaderas en mi vida, pero ninguna como esa.

La primera sudadera no se olvida.

Después de aquello, me llevaron a casa y dio comienzo la época más feliz de mi vida. Me trataban a cuerpo de rey: me

bañaban, me vestían, me daban de comer... Ni siquiera tenía que limpiarme después de ir al baño. Gritaba una de las dos palabras mágicas y las cosas sucedían por sí solas.

—¡Mamá! ¡Papá!

Madre y Padre corrían por el pasillo para ver quién llegaba primero. Normalmente ganaba Madre porque tenía superoído, lo cual le daba mucha ventaja, y también porque contaba con el poder de la chancla, que intimidaba bastante a Padre.

Lo mejor de aquel tiempo era que me echaba un montón de siestas al día. Y me podía quedar dormido donde me diera la gana: en el sofá, en el coche, en el suelo, en el triciclo, en un restaurante, encima de mi madre, encima de mi padre, encima del perro, debajo del perro, en un supermercado... Ocurriera donde ocurriera, siempre despertaba en mi cama.



Mi vida era un reinicio constante.

¿Me entraba sueño? Pues a dormir. Luego aparecía en la cama y a volver a empezar.

Pero tampoco os vayáis a pensar que me pasaba el día haciendo el vago, ¿eh? No todo era descansar; también me apunté a un montón de actividades. A todas las que quería: música, fútbol, yoga, robótica, hípica, buceo, primeros auxilios, hiphop, costura, kárate, tenis, *mindfulness*... Lo normal para un niño, vaya. Iba probando un poco de cada cosa y, si me cansaba, empezaba con otra. Mis padres estaban encantados de llevarme de un sitio para otro.

Pero había algo de todo esto que no le gustaba a Hermano Mayor. No sé por qué; a mí me parecía una maravilla. Pero Hermano Mayor me miraba raro, como con odio. Yo le contaba chistes que a los demás les hacían mogollón de gracia. Pero a él no. A lo mejor es que no los pillaba.

Además, íbamos juntos a todas partes por orden de mis padres. Si mi hermano decía, por ejemplo:

—¡Mamá! ¡Voy al parque con los amigos!

Madre respondía siempre con la misma frase.

—¡Vale! ¡Llévate a tu hermano!

Creo que lo decía sin pensar. Era la respuesta universal. Hermano Mayor debía de estar de acuerdo conmigo, porque la puso a prueba unas cuantas veces.

—¡Mamá! ¡Voy a por el pan!

—¡Vale! ¡Llévate a tu hermano!

—¡Mamá! ¡Voy a montar con la bici!

—¡Vale! ¡Llévate a tu hermano!

—¡Mamá! ¡Voy a rebozarme en los charcos!

—¡Vale! ¡Llévate a tu hermano!

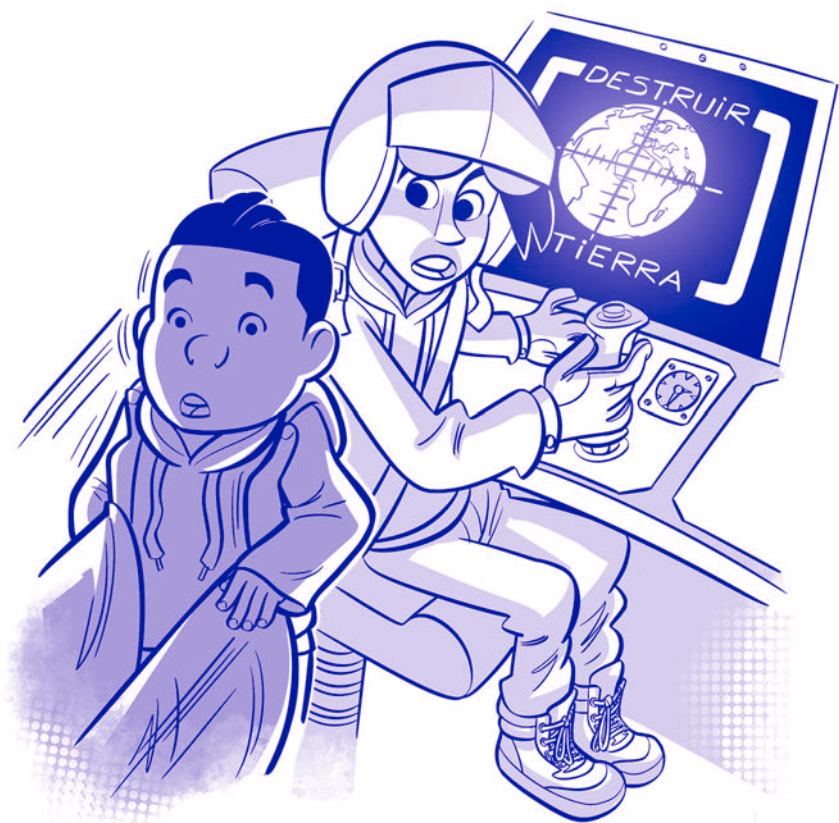
—¡Mamá! ¡Voy a robar una joyería!

—¡Vale! ¡Llévate a tu hermano!

—¡Mamá! ¡Voy a destruir la Tierra!

—¡Vale! ¡Llévate a tu hermano!





Estaba claro que nunca escuchaba la segunda parte de la frase.

Fuera adonde fuera, Hermano Mayor tenía que llevarme con él. Creo que mis padres lo hacían para que él pudiera ser mi maestro; para que me enseñara a sobrevivir en el mundo cuando ellos no estaban. Aunque a mí eso me sonaba absurdo. ¿Qué clase de vida sería una sin padres que te hagan las cosas?

Mi hermano se empeñaba en hacerse la merienda, pero yo le miraba con extrañeza. Mi merienda se pedía en voz alta y aparecía.

—¡Mamá! ¡Quiero un bocadillo de jamón!

Y el bocadillo surgía de alguna parte, como por arte de magia.

Hermano Mayor decía que el bocadillo estaba hecho de dos cosas: pan y jamón, que se compraban por separado y luego se unían. Yo no sabía de dónde sacaba aquellas ideas locas. Para mí, un bocadillo era una única cosa. Venía toda junta; solo había que pedirla.

Pero él no lo pedía. Él se lo hacía.

La primera vez que lo dijo, pensé que me estaba tomando el pelo. Hacer un bocadillo sonaba a brujería. Tenía que es-

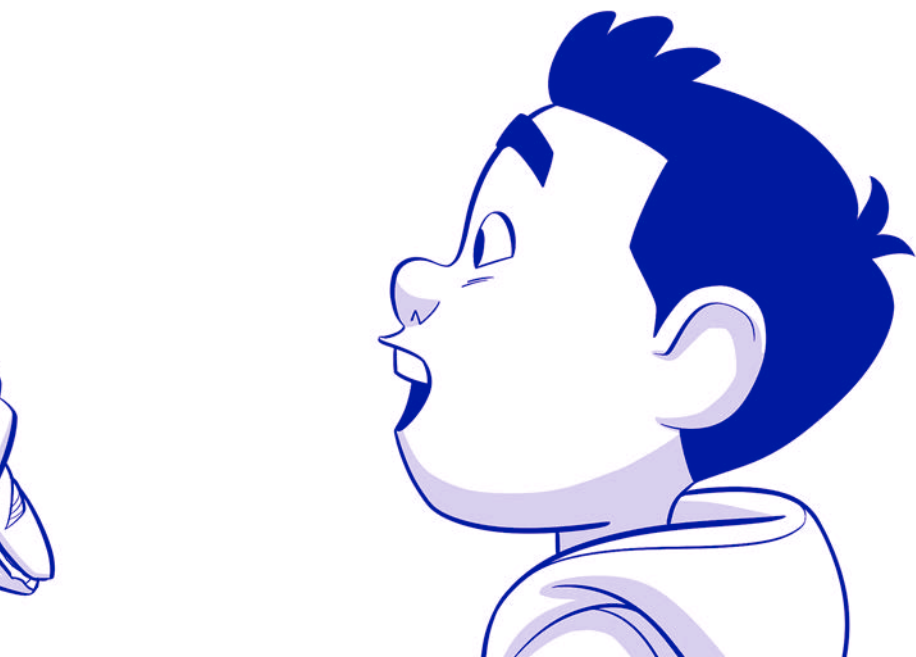


tar prohibido, seguro, como abrir el cajón de las medicinas. Si metías la mano, te pondrías enfermo.

Pero Hermano Mayor parecía muy seguro de sí mismo. Había sufrido falta de meriendas; por eso, aprendió el arte del *bocadillismo* por su cuenta. Me parecía increíble.

Abría la nevera y agarraba un envase de jamón que tenía las lonchas ahí sueltas, ellas solas, sin pan. Era muy raro verlo. Luego, Hermano Mayor abría una bolsa de tela que tenía dentro pan. ¡Solo pan! Entonces, separaba el pan en dos partes para crear dos rebanadas.

—**Los cuchillos están prohibidos**—me dijo aquella primera vez susurrando—, así que lo separo con las manos.



Yo nunca había visto una rebanada con ese aspecto. Estaba vacía. Las únicas rebanadas que conocía tenían mantequilla y la mermelada por encima. Me las ponía Padre en el desayuno, y nunca tuve el valor de preguntar de dónde las sacaba. Asumí que Padre conocía el arte del *rebanadismo*. Con eso me valía. Mejor no hacer preguntas.

Así que, aquel día, vi con mis propios ojos cómo Hermano Mayor ponía una loncha de jamón entre las dos rebanadas y fabricaba un bocadillo.

De inmediato, di un paso atrás, sorprendido.

—**¡No puede ser!** —exclamé.

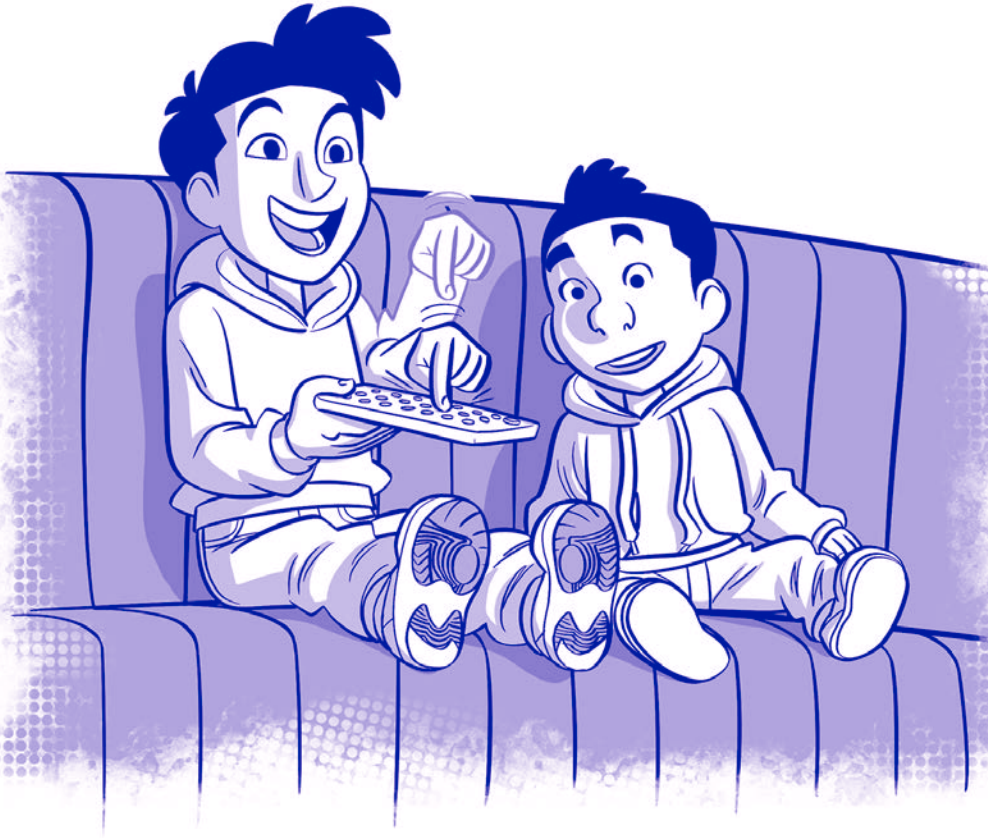
Hermano Mayor acercó el bocadillo a su boca y le pegó un buen mordisco, para que me quedara claro que aquello era lo que parecía.

—*¿Haf vifto?* —declaró orgulloso mientras masticaba.

Había llegado a pensar que mi hermano era un poco tonto porque no entendía mis chistes, pero acababa de demostrarme que estaba equivocado. Hermano Mayor se movía en un nivel superior.

Desde aquel momento, probé a pedirle las cosas a él en lugar de a mis padres. Quería ver hasta dónde llegaba su sabiduría. Y llegaba muy lejos.

Hermano Mayor sabía hacer cosas que yo ni siquiera sabía que existían. Sabía poner los dibujos en la tele y en la tablet. Yo antes pensaba que los dibujos estaban puestos cuando se encendía una pantalla, pero no era así. Al parecer, había que hacer más cosas después de encenderla. Yo le entregaba la



tablet a Hermano Mayor y contemplaba cómo se obraba el milagro.

Si íbamos a ver la tele, le daba el mando, que era aquel palo gordo y con botones que yo no tenía ni idea de manejar. Pero Hermano Mayor dominaba tanto el arte del *mandismo* como el del *tabletismo*. Ponía en marcha el aparato que fuera y se movía por la pantalla, en la que, al parecer, se podían ver otras cosas aparte de dibujos animados.

Había cosas para padres y cosas para hijos. Hermano Mayor llamaba «noticias» a las cosas para padres.

A veces, las noticias consistían en una persona detrás de una mesa diciendo palabras raras, como «política», «impuestos» o «coyuntura». Otras, aparecían cosas como un hombre diciéndole a una mujer que la iba a querer siempre, pero que no se podía ir con ella porque tenían que olvidarse de París.

Hermano Mayor me explicó que había muchos tipos de noticias. Pero nosotros no podíamos ver ninguna.

—¿y qué es pagar impuestos?

—quise saber, por no quedarme callado todo el rato.



—¡No preguntes! —advirtió él enseguida—. Padre se pone nervioso cuando oye esa palabra, y Madre le dice siempre que se tome una tila.

Cuando mis padres descubrieron que mi hermano me ayudaba, se sintieron muy orgullosos de él, y añadieron una nueva frase a su lista de frases comodín. Si yo pedía algo, siempre respondían lo mismo.

—¡Mamá! ¡Quiero merendar!

—¡Vale! ¡Que te ayude tu hermano!

Entonces, pensé que podría repetir el juego que practicaba Hermano Mayor, y también hice varias pruebas.

—¡Mamá! ¡Quiero cereales!

- ¡Vale! ¡Que te ayude tu hermano!
- ¡Mamá! ¡Quiero hacer un castillo de cartas!
- ¡Vale! ¡Que te ayude tu hermano!
- ¡Mamá! ¡Quiero raparme la cabeza!
- ¡Vale! ¡Que te ayude tu hermano!
- ¡Mamá! ¡Quiero hacerme un piercing!
- ¡Vale! ¡Que te ayude tu hermano!

Nos echamos a reír por lo bajo, y enseguida se me ocurrió la siguiente.

—¡Mamá! ¡Quiero pagar impuestos!



Pero a Madre no le dio tiempo a responder.

—¿Impuestos?! ¿Qué impuestos?! —gritó Padre alterado.

—Tranquilo, cariño, son los niños —intervino Madre—. Tómame una tila.

Era un juego superdivertido; pero, al cabo de un tiempo, a Hermano Mayor dejó de hacerle gracia.

—¿Quieres que te haga otra vez la merienda? —me preguntó un día con cara de pocos amigos—. ¿No has aprendido todavía?

—¿Tenía que aprender? —dudé yo.

—¡Claro! ¿Por qué crees que te enseñaba cómo la hacía?

—Pensaba que era una demostración de habilidad —le expliqué—. Lo haces todo muy bien.



Pero Hermano Mayor se puso serio. No debió de entender que se trataba de un cumplido. Claro que, ¿cómo iba a entenderlo, si tampoco pillaba mis chistes? Estaba claro que, para algunas cosas, no era muy listo. Pero yo le seguía admirando por todo lo demás.

Aunque, a veces, hacía cosas raras. Por ejemplo, se comportaba de diferente manera cuando mis padres no estaban en casa. Si nos dejaban un momento solos, mi hermano iba corriendo a la cocina a comer chocolate, se ponía a ver la tele o se echaba la espuma de afeitar de Padre en la cara.

Luego, cuando escuchábamos la puerta, Hermano Mayor se apresuraba a esconderlo todo. Pero yo no. Yo iba a darle la bienvenida a Madre con la cara llena de espuma, la boca manchada de chocolate y el mando en la mano.

—¡Hola, Mamá! —saludaba muy contento.

A Madre debía de asustarle mi aspecto.

—**¡Ay, Dios mío!** ¿Qué ha pasado? —preguntaba—. ¿Qué estás haciendo?

—No sé —decía yo encogiéndome de hombros—. Jugar con mi hermano.

—¿¿Qué?? ¿Dónde está ese, que se va a enterar?

—¿Enterar? —dudaba yo—. No, si ya lo sabe. Se le ha ocurrido todo a él.

Entonces, Hermano Mayor salía de su escondite y corría por el pasillo. Pero daba igual. Madre no fallaba nunca. Sacaba la chancla y la lanzaba con un movimiento seco de muñeca. Mi hermano doblaba la esquina, pero la chancla también; Madre sabía lanzarlas con efecto.



—¡Ay! —se quejaba Hermano Mayor al ser alcanzado—. ¡Pero si hemos sido los dos!

Madre le regañaba mientras recuperaba su chancla y la guardaba de nuevo, lista para el siguiente ataque.

—¡Liante, que eres un liante! —decía—. ¿Qué vais a ser los dos, si tu hermano no sabe ni lo que hace?

Madre tenía razón. Yo no entendía qué tenía de malo todo aquello. Pero a mí no me regañaba nadie, así que suponía siempre que algo más habría hecho Hermano Mayor para recibir los chanclazos.

El caso es que mi hermano siguió haciéndome las cosas y llevándome con él a todas partes. Era algo así como mi mayordomo y mi guardaespaldas personal. Siempre parecía enfadado, pero lo hacía de maravilla. Aunque lo que mejor se le daba, con diferencia, era jugar al escondite.

—¡Tú cuentas! —me decía.

Y yo obedecía.

—Uno, dos, tres...

Cuando llegaba a diez, paraba y abría los ojos. ¡Y no lo encontraba nunca! Era increíble. Daba igual dónde me hubiera dicho que tenía que ponerme a contar: en la puerta de un orfanato, en la puerta de una iglesia, en la puerta de la comisaría... El resultado era siempre el mismo. Y, cuando ya estaba harto de buscarlo, aparecía Madre, o Padre, con cara de susto, y venía corriendo a abrazarme, igual que si hubiera pasado algo terrible.

—¡Hijo! ¡Estás aquí! ¡Menos mal!

—No encuentro a mi hermano, Mamá —decía yo—. Se ha escondido que lo flipas.

Madre se ponía muy seria y se limpiaba las lágrimas.

—No te preocupes, hijo, que ya le he encontrado yo —respondía severa—. Está en casa, iy no va a salir de ahí en mucho tiempo!

—Jo, Mamá, qué buena eres encontrando cosas —tenía que reconocer yo.

Después de cada partida de escondite, castigaban a Hermano Mayor, pero yo no sabía muy bien por qué. Nunca me lo contaban.

El resumen es, como os dije al principio, que fue una época maravillosa para mí. Pero todo lo bueno se acaba y, poco después, ocurrió algo que puso fin a aquel tiempo... para siempre.

